

El hecho que más demuestra la fe increíble del pueblo judío en sí mismo, es la fecundidad de las fantasías que creó sobre su resurrección futura, precisamente cuando las cosas del mundo le eran más adversas. El alma apasionada de Ezequiel alcanzó en aquellos años una altura que pocas veces ha conseguido la naturaleza humana. Tan convencido estaba de la restauración de Israel, que no pensaba más que en planes, rarísimos muchos de ellos, para componer la sociedad futura según el espíritu de los profetas, del que era ardiente continuador.

Ya que el culto, según la reforma de Josías, había de practicarse forzosamente en Jerusalén, la reconstrucción de la ciudad era absolutamente necesaria. De igual importancia le parecía a Ezequiel la organización del sacerdocio y del rito.

Estas ideas mostradas bajo formas muy diversas y con retoques que prueban, a veces, los progresos de su pensamiento, se resumen en una serie de visiones publicadas en el año 575 antes de J.C. Forman una corta exposición ideal de la nueva organización concebida, por lo que podemos considerarlo segundo fundador del judaísmo, después de Jeremías.

Para Ezequiel, Israel es una teocracia pura, sin gobierno civil ni militar, sin ejército, magistratura ni política. Como todos los judíos de todas las épocas, encuentra muy bien un estado de vasallaje a poderes extranjeros donde el pueblo de Dios, libre de las cargas de un Estado organizado, pueda disfrutar a su gusto las promesas de Jehová. No hay en tal ciudad ni rey ni servicio militar. Si Ezequiel en los primeros años de cautiverio daba todavía al pastor de Israel el nombre de David, sin indicar claramente que fuese de la raza de éste, después no le llama más que *nasí* (príncipe), con dominio territorial y cobro de retribuciones, pero sin derecho a gravar al pueblo con impuestos arbitrarios, y con un lugar honroso en las solemnidades del culto.

La organización que soñó Ezequiel es tan ideal, que desea que la tierra santa recobrada se divida simétricamente en partes iguales, por zonas rectangulares, entre las doce tribus, que ya no existen. La capital sería neutral entre las doce tribus (como lo es hoy Washington en los Estados Unidos) y estaría constituida por representantes de todas ellas. Como centro del dominio sagrado proyectaba la edificación de un templo, destinado a contener un ejército sacerdotal. La capital, en vez de llamarse Jerusalén se llamaría *Iah samma* (Jehová-vive-aquí).

Este Código de la teocracia fue conservado casi íntegro por los legisladores, pero constituyó, cuando fue concebido, la más completa de las innovaciones. Ezequiel no llegó a la idea del sumo sacerdote hereditario, conocida por los tiempos posteriores, pero le faltó poco. En cambio, con el plan de que el sacerdocio elevado lo ejercieran solamente los descendientes de Sadok creó una palabra que tuvo gran importancia en la historia. Con el nombre de *Sadoki* se designó al sacerdote rico, orgulloso y desdeñoso del pobre, y de aquella palabra se derivó la de *saduceo*.

La Jerusalén celestial del Apocalipsis, que fue suficiente para conso-

lar al mundo hace mil ochocientos años, es una copia, levemente retocada, de la Jerusalén de Ezequiel.